

elojo interior

SEMILLAS PARA LA **CONSCIENCIA** CIUDADANA



*Ciudad natural
ciudad verde*

Distribución Gratuita



AHAD
Consultoría Integral



Promoviendo el compromiso con la Educación, la Salud y la Protección de la Naturaleza

**ASOCIACIÓN CULTURAL
EL OJO INTERIOR**
Dirección
Patricia Meléndez y Franco Castañeda
contacto@elojinterior.org
☎ 9980 786 20
COLABORADORES - 43^{era} Edición - Año IV - 2019
Kingsley L. Dennis

Sociólogo y escritor inglés radicado en España. Fue profesor universitario de literatura inglesa y americana en Estambul, y de sociología en el Reino Unido.

www.kingsleydennis.com
Alonso del Río

Dirige el centro de sanación y enseñanza del Camino Sagrado Americano Ayahuasca Ayllu y la Escuela Intercultural Wiñaypaq que da educación gratuita a más de 80 niños en la región de Cusco.

www.ayahuasca-ayllu.com
Pedro Favaron

Poeta y fundador de la Clínica de Medicina Tradicional Nishi Nete en la comunidad nativa Santa Clara de Yarinacocha, del pueblo Shipibo-Konibo.

f Nishi Nete Medicina Tradicional
www.elojinterior.org

Esta edición se hace en concordancia con lo dispuesto por la legislación peruana vigente sobre los derechos de autor, Ley 13714, Art. 69

Ningún Dios o Buda rescatarán a la raza humana

La destrucción de la naturaleza llevará a la destrucción de la raza humana, pero mucha gente parece estar convencida de que, incluso, si los seres humanos llegaran a desaparecer, volverían a la vida por obra y gracia de su dios. Sin embargo, esta idea es pura fantasía. La raza humana no volverá a nacer. Cuando las personas se hayan extinguido en la Tierra no habrá ningún Dios o Buda que los rescate.

Hay veces en que las personas sienten lo sagrado de la naturaleza, por ejemplo, cuando observan una flor de cerca, escalan cumbres o se internan en la montaña. Tal sentido de la estética, amor, receptividad y comprensión son los instintos más básicos de las personas; su verdadera naturaleza.

Hoy en día, sin embargo, los humanos vuelan en una dirección completamente distinta, hacia un destino desconocido, y parecen estar haciéndolo lo más rápido posible.

Quizás las personas que más fácilmente perciben que la naturaleza es sagrada son algunos religiosos, los artistas de gran sensibilidad y los niños. A menudo su compasión les permite percibir, como mínimo, que la naturaleza es algo más allá de la invención humana y que debería ser venerada. Los poetas que escriben sobre la naturaleza, los pintores que la convierten en obras de arte, las personas que componen música, los escultores... Me gustaría pensar que son ellos quienes se sienten atraídos por lo realmente significativo.

Pero si la comprensión de la naturaleza de un artista no es clara, por grande que sea la agudeza de su sensibilidad, la excelencia de su poder de expresión o el refinamiento de su técnica, terminará sintiéndose perdido.

MASANOBU FUKUOKA
**¡Querido lector ayuda a que El Ojo Interior no desaparezca,
necesitamos la ayuda de todos!**

Esta publicación es gratuita y se sostiene gracias al apoyo de personas que creemos que sembrando consciencia podemos cocrear un mundo mejor. Si tienes la posibilidad de colaborar económicamente con este proyecto, hazlo en:

INTERBANK: 612 – 309515288 / NRO DE CCI: 003 – 612 -013095152880 – 96

Alonso del Río

¿Espíritu y materia?

Luego de establecerse en casi toda la tierra la era de las religiones naturales, es decir, aquellas que rendían culto a la naturaleza, se dio un fenómeno bastante complejo relacionado con el desarrollo del tercer centro energético. El predominio de la energía masculina que se manifestó con una distorsión muy dañina que hasta ahora no termina de confundirnos. La confusión parte cuando -no sé por qué nefasto motivo- divorcian al espíritu de la materia. Decretaron que el espíritu era lo divino y la materia, lo mundano, lo banal, lo demoníaco. Así algunas religiones encerraron en un mismo saco a la Naturaleza, a lo femenino y a lo diabólico, y nos vendieron la mentira de que para elevarnos había que dominarlas y someterlas como dé lugar.

El "hombre" se volvió enemigo de la naturaleza y de la mujer, y dedicó su vida a tratar de someterla y explotarla, perdiendo el vínculo con lo sagrado femenino. Creyó que su evolución era diferenciarse y alejarse de la naturaleza construyendo una civilización totalmente ajena a ella en donde lo natural nos parece cada día más extraño; y así nos fuimos olvidando de la madre.

Las consecuencias de estas equivocadas formas de pensar (religiones) son las desastrosas relaciones que tiene la humanidad con la Madre Tierra y la incapacidad de la gran mayoría de reconocer el dolor emocional que cargamos e infligimos a los demás. Esto se conoce en la historia de la humanidad como el mal llamado: Apogeo de las religiones "solares", que erróneamente solo reivindican la parte masculina y son por naturaleza excluyentes, verticales y carentes de una visión dinámica. Esto les impide ver la parte sutil, la dimensión horizontal, la parte "invisible".

Sin embargo, siempre existieron y existen seres más sensatos que vivieron y honraron el equilibrio de las fuerzas, proponiendo más bien una religión incluyente en la que reconocen que lo femenino tiene un papel tan importante como lo masculino.

Por otro lado, la fraudulenta sabiduría de líderes religiosos sigue vendiendo la idea de que la salvación está en el espíritu y que hay que abandonar todo interés material. Esto se presta perfectamente al juego vicioso y enfermizo de quienes gobiernan el mundo usando hasta la religión como arma de sometimiento.

En la actualidad vemos la reciente preocupación de grandes líderes religiosos por el tema ecológico y realmente es bueno que se pronuncien debido a su gran popularidad y acceso a los medios de comunicación, pero creo con honestidad que todo pronunciamiento que no cuestione las raíces profundas de esta crisis es parte del juego y la farándula.

Tenemos la absurda creencia que una persona "espiritual" no debe preocuparse por cosas "materiales" como la economía y su impacto en la ecología. Así mucha gente relativamente consciente vive cediendo este espacio vital de la participación ciudadana, creando el vacío del cual se aprovechan los adictos al poder. Nos quieren hacer pensar desesperanzadamente: ¿Qué puede hacer cada pobre individuo frente al monstruoso sistema?

También hay como un acuerdo tácito y cobarde de que las personas "espirituales" no debemos publicar cosas "negativas" y que solo deberíamos dar mensajes "positivos".

Yo creo que en este tiempo de salvaje injusticia el silencio nos hace cómplices y que cualquier persona que tenga un mínimo de consciencia no puede sustraerse por lo menos de saber qué está pasando, primero para hacer consciencia sobre la situación y luego para estar atentos y dar el siguiente paso como humanidad hacia un destino mejor.

Hay quienes pretenden vivir en una falsa burbuja de santidad creyendo que solo los mantras o los rezos van a solucionar las cosas. Yo creo que además de rezar, hay que tener un perfecto conocimiento de la situación

mundial y también actuar para rescatar el poder que ingenuamente pusimos en manos de otros.

La concentración de poder económico ha sido tan gradual y encubierta que muy pocos nos dábamos cuenta qué estaba pasando, pero en la actualidad la diferencia entre "ricos" y "pobres" es escandalosa e insostenible como tendencia.

"Los dueños del mundo" han perdido totalmente el control de sí mismos y los marcos referenciales -mínimos- de hasta dónde se puede controlar y dominar a los demás y hasta dónde se puede explotar e ignorar el "sufrimiento ajeno". Hoy esto resulta insostenible para cualquier persona relativamente consciente.

La tendencia marca claramente cómo en el último siglo hemos ido perdiendo derechos, libertades y calidad de vida de una manera brutalmente acelerada, por lo que la proyección evidente es que esto siga para peor y cada vez más rápido.

Es cierto que cada nivel de consciencia atrae a su propia realidad y que la solución teórica sería vibrar en un nivel más alto para -por decirlo así- vivir en un universo sin injusticias ni sufrimiento, pero por ahora nos toca resolver un tema mucho más "mundano". Para que nuestra consciencia se pueda elevar en términos reales no puede ser parte de una ilusa y fraudulenta "espiritualidad", que acepta y se somete a la injusticia solo por miedo o indiferencia.

El desafío por delante es resolver el tema de la consciencia antes de entrar en un nuevo concepto de "espiritualidad". No se puede recorrer el camino al Padre sin honrar a la Madre y me refiero a la madre real, lo femenino, la madre Naturaleza, la materia.

El espíritu y la materia son dos manifestaciones de lo sagrado, la Consciencia es quien las relaciona.

Fraternizar

El fin del mundo está en la mente de todos
 una mente abierta puede ser una vulnerabilidad accesible
 una oportunidad casi perfecta.

Sé precavido con las imágenes y las historias con las que nos alimentan
 El miedo solía ser la excepción, la anomalía
 ahora trata de actuar como si fuésemos amigos.
 Se ha infiltrado en nuestras vidas como un perro callejero indeseado
 que se niega a largarse.
 El miedo está en casa, nos suministra seguridad e inseguridades.

Nuestras sociedades han establecido su propia administración del miedo.

Nuestras vidas modernas de «amantes de la libertad» han dado licencia
 a una «seguridad ante el terror» que nos tiraniza desde dentro.

Todos somos personas potencialmente sospechosas:
 ¿Nuestros amigos...vecinos...nuestra familia?

La tiranía del terror se lanza sobre nuestras vidas cotidianas...
 ...todos en alerta máxima...código rojo...
 ...mejor alerta que muerto...

El miedo es nuestro nuevo mejor amigo...

Están creando una epidemia de consenso entre las masas

Una nueva forma de poder...

fluida, no visible, ilusoria...un virus que fluye con el terror, las pandemias,
 el acoso digital, la corrupción, la explotación, la manipulación...
 se irradia, contamina y corroe...
 es el oscuro gusano en nuestras redes...
 los saboteadores secretos de la paranoia lícita...
 un recuento de locura y desesperación...
 tómatelo con calma...
 es lo que les pasa a quienes
 roban a los reyes...

El poder del miedo se ha desplazado del cuerpo a la mente

Mascamos cada pieza de propaganda como un chicle con sabor a fruta.

Pánico en las calles de Londres...Pánico en las calles de Birmingham...
 ...me pregunto...¿Podrá la vida volver a ser sensata de nuevo?
 Supongo que todo lo que se necesita es un poco de miedo

Kingsley L. Dennis

con el miedo

Miedos manufacturados
administrados y gestionados,
insertados en nuestras vidas ricas en información.
No sucede accidentalmente
sino por un diseño calculado.

El miedo es nuestro nuevo mejor amigo.

¿Pertenece a la «Banda del Mal» o al Occidente Amante de la Libertad?

Recuerda: el miedo lo sabe mejor.

La confrontación se ha sustituido por la inquietud asimétrica.

Todos los rituales de seguridad de los aeropuertos no son para cazar terroristas
sino para entrenarnos en la obediencia temerosa.

¿Dónde termina el miedo y empieza la paranoia?

El suicidio es una pandemia global...

no podemos esperar para huir de aquí...

tráete el oxígeno.

Dicen

«El miedo es el asesino más letal; no mata, pero no te deja vivir».
Hace un trabajo excelente estableciendo una tiranía psicológica.

Es una inversión de las leyes naturales.

El mal es una representación de una dimensión inhumana.

Una proyección del holograma de un mundo hiperreal.

Sé consciente: la CIA te vigila a través de tu inteligentísima televisión.

¿Bueno, cómo eres tú de inteligente?

Los ataques con dron llegan por una mano invisible con una palanca de mando.

La banalidad del mal es el centro de gravedad de nuestras culturas...

gestión social por seguridad...bienestar por asistencia social...

estados de emergencia por paranoia autorizada...

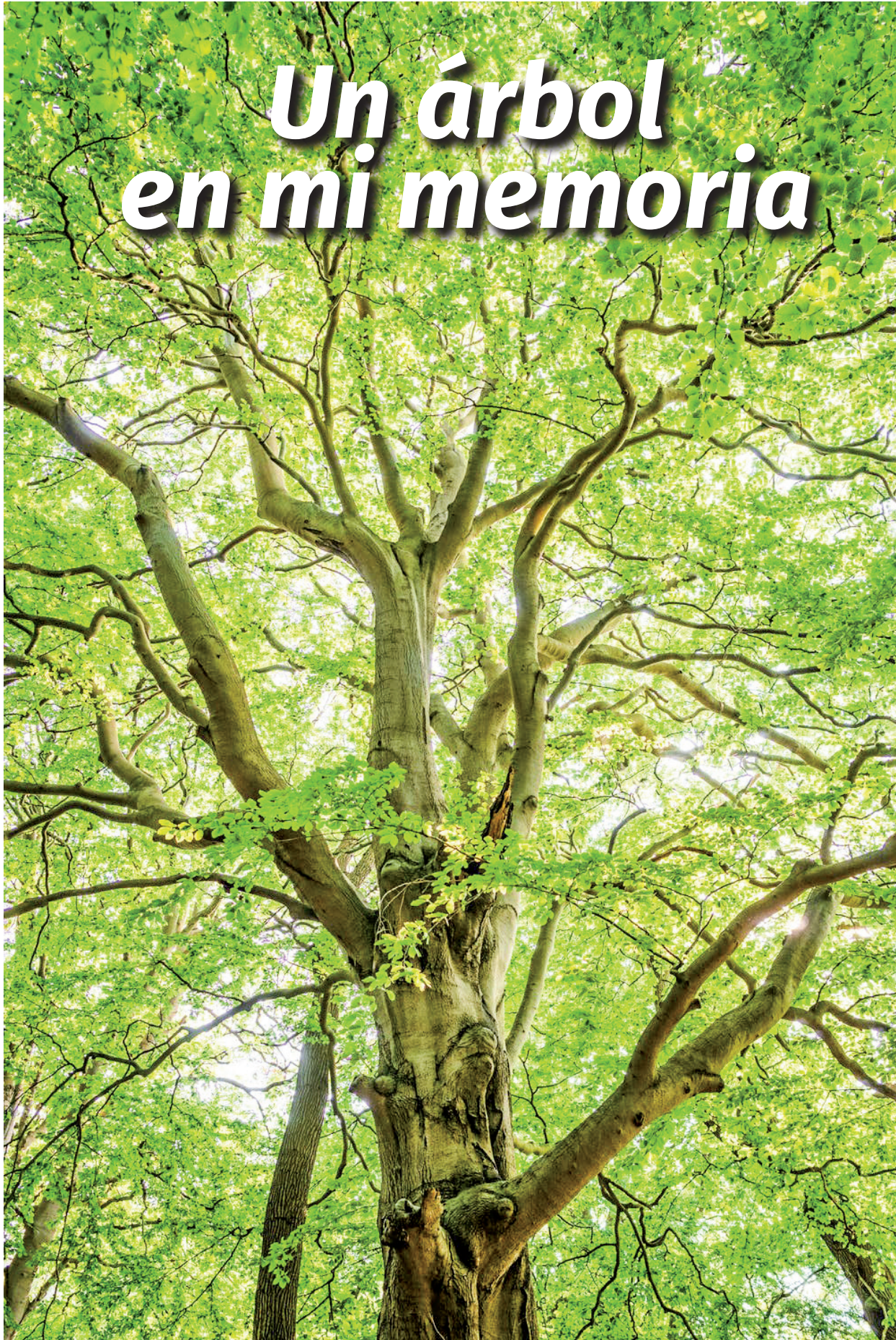
ansiedad legitimada...asimétrica y etérea...

ira flotando lúgubre en torno a nuestras sociedades
cual niebla tóxica...

El miedo es nuestro nuevo mejor amigo

Es hora de despertar antes de convertirse en máquinas...

Un árbol en mi memoria



Un árbol único y solitario hace ofrenda de sus ramas al cielo incandescente.

Nadie sabe gracias a qué estratagema ha escapado, desde su infancia, de la mano depredadora del hombre armado con hierro, al diente ávido del animal famélico, a la escasez del agua y al dardo del sol más que nunca en la cumbre de su ardor. Alrededor, el desierto infinito sumergido de silencio secular apenas turbado por el lejano rumor de un evanescente rebaño dirigiéndose a las dunas y a las inmensas mesetas sembradas de rocas.

Aquí el espacio y el tiempo se confunden y no tienen más medida que la desmesura de la eternidad. En este espacio lunar libremente atravesado por la brisa en febrero o por vientos de arena huracanados, rugiendo con furor sin saber el motivo, el árbol permanece con paciencia, espléndido y patético testigo de un tiempo acabado.

Acercándome a la colina donde se mantiene en vigilia de silencio, crece ante mis ojos. Se arrima a mis oídos y la mano que acaricia el tronco me habla de su potencia.

Latidos del corazón se hacen oír, por un momento no sé de dónde provienen, pero son los latidos de mi propio corazón.

Aquí la escasez de la vida da a la vida su verdadera medida. Contemplando este magnífico ser envuelto con los secretos de una larga historia, que solo él puede contar, imagino sus incontables compañeros que la tierra alimentaba para ser mejor nutrida.

Y en esta reciprocidad vital se expresaba toda la inteligencia de la vida porque el árbol no es tan solo raíz, tronco, ramas y hojas, es un puente vertical que une las fuerzas telúricas a las del cosmos.

Es una plegaria infinita dirigida al universo para atraer todos los beneficios de la vida a la tierra y a los humanos y sobre toda criatura de la creación. Matar a árboles fuera de las necesidades de una vida sencilla, es cometer un grave perjuicio a la vida.

Es un delito pasible de las mayores tristezas. Con la desaparición de los árboles, no quedará más que vacío y soledad y desierto en todos los corazones.

**PIERRE RABHI, AGRICULTOR, ESCRITOR
Y ECOLOGISTA**



Salvar y proteger la vida en la Tierra

Hoy en día la libertad que tienen la naturaleza y los cultivos para poder evolucionar está bajo amenaza, violenta y directa. La visión mundial del bio nullius¹ desata la violencia y la injusticia y las extiende por la Tierra, entre los agricultores, entre todos los ciudadanos. Estamos perdiendo biodiversidad y diversidad cultural, y estamos perdiendo nutrientes, sabor y calidad en los alimentos que tomamos. Y, sobre todo, estamos perdiendo nuestra libertad fundamental para decidir qué semillas sembramos, cómo cultivamos lo que comeremos, y qué comeremos. La semilla es el primer punto de ataque, pero también es nuestra primera línea de defensa. Y es ahí donde comenzamos a luchar por la libertad de las semillas.

Utilizamos la expresión “libertad de las semillas” para hablar del derecho de las semillas como sistema vivo y autogestionario que puede evolucionar libremente sin sufrir la amenaza de la extinción, la contaminación genética o la anulación mediante tecnologías diseñadas para volverlas estériles. La libertad de las semillas es la libertad de la red de la vida para extenderse con integridad y resiliencia, propiciando la interconectividad y el bienestar para todos. La libertad de las semillas es el derecho de los agricultores a guardar, intercambiar, criar y vender sus propias variedades de semillas, que han evolucionado a lo largo de milenios, sin la interferencia del Estado o de las corporaciones. La libertad de las semillas es la libertad de los consumidores para acceder a unos alimentos obtenidos de semillas obtenidas a su vez mediante un cultivo que promueve la diversidad y garantiza el sabor, la calidad y los nutrientes.

La libertad de las semillas es la obligación que tienen los campesinos de guardar e intercambiar las semillas obtenidas por ellos. Y esto es, a su vez, la soberanía de las semillas. Para que las variedades obtenidas por los agricultores puedan conservarse, utilizarse y criarse como el bien común que son, es precisa una organización autogestionaria con normas propias en las comunidades locales, sin la

interferencia del Estado ni de las corporaciones. En el plano nacional e internacional la libertad de las semillas incluye la obligación de los Gobiernos de proteger la libertad de biodiversidad y de las personas sometiendo a las corporaciones a unas reglas, impidiéndoles que socaven la soberanía de la gente a través de la biopiratería, por un lado, y bloqueando las amenazas a la bioseguridad que representan las semillas modificadas genéticamente y las cosechas, por otro.

La libertad de las semillas y su soberanía supone la libertad de autogobierno de las comunidades, el cuidado de sus bienes comunes y la participación sostenible y equitativa de sus frutos. Implica, además, estar protegidas de daños mediante una legislación nacional e internacional.

La libertad de las semillas significa que el Estado regula la posibilidad de causar daño a otros, creando así un contexto para practicar la libertad en espacios públicos. Así es como los violadores no tienen libertad para violar, ni los asesinos libertad para asesinar o los que contaminan no tienen libertad para contaminar. Las corporaciones, sin embargo, tienen una capacidad sin precedentes para perjudicar a la Tierra y a sus habitantes con tecnologías nuevas, como la ingeniería genética. Tenemos que parar esto.

Para mí, salvar y proteger la vida en la Tierra, sobre todo la biodiversidad y las semillas, son las obligaciones (dharma) fundamentales. En 1987, cuando oí a las corporaciones exponer su visión del control total de la vida y las semillas, puse en marcha Navdanya. Navdanya se formó para proteger la diversidad de nuestras semillas y los derechos de los agricultores a guardar, cultivar e intercambiar gratis sus semillas.

Para mí, las formas de vida, las plantas y semillas están en continua evolución, son autogestionarias, son seres soberanos. Tienen un valor intrínseco y entidad propia. Pretender que se posee la vida porque esta es invención de una corporación es algo erróneo desde el punto de vista ético y jurídico, porque las

semillas no son una invención. Las patentes sobre semillas son un error ético porque las semillas son formas de vida, miembros y parientes de nuestra Familia en la Tierra.

La libertad de las semillas se ha convertido en un imperativo ecológico, político, económico y cultural. Si no reaccionamos, o si ofrecemos una respuesta fragmentada y débil, muchas especies desaparecerán de forma irreversible. La agricultura, incluido el espectro alimenticio y cultural que depende de la biodiversidad, desaparecerá. Los pequeños agricultores desaparecerán, la comida saludable y diversa desaparecerá, la soberanía de las semillas desaparecerá y la soberanía de los alimentos desaparecerá.

Por otro lado, si hablamos y actuamos con firmeza, si alzamos una sola voz en defensa de la libertad de las semillas, podemos dejar atrás la obscenidad, la violencia, la injusticia y la inmoralidad de las patentes sobre las semillas y la vida. En otros tiempos fue la esclavitud lo que pasó a la historia. De la misma manera que las corporaciones de hoy en día no ven nada malo en poseer la vida, los dueños de los esclavos no veían nada malo en poseer a otros seres humanos. Igual que la gente de entonces cuestionó la esclavitud y la desafió, ahora nuestra obligación ética y ecológica es desafiar a esas patentes que se establecen sobre las semillas. Tenemos el deber de liberar a las semillas y a nuestros agricultores. Tenemos el deber de defender nuestra libertad y proteger las fuentes de semillas libres, los territorios comunes. Tenemos el deber y el derecho de defender la vida en la Tierra.

VANDANA SHIVA, FÍSICA Y ACTIVISTA ECOLÓGICA

¹Bio nullius: Tratar los conocimientos en materia de biodiversidad como si carecieran de creatividad y derechos previos y, por consiguiente, de estar disponibles para su “apropiación” por medio de una solicitud de “invención”.



El Hombre que plantaba árboles

Para que el carácter de un ser humano revele cualidades verdaderamente excepcionales, hay que tener la fortuna de poder observar su actuación durante largos años. Si dicha actuación está despojada de todo egoísmo, si la idea que la rige es de una generosidad sin par, si es absolutamente cierto que no ha buscado ninguna recompensa y que, además, ha dejado huellas visibles en el mundo, entonces nos hallamos, sin duda alguna, ante un carácter inolvidable.

Hace cosa de cuarenta años, emprendí un largo viaje a pie por unos montes completamente desconocidos por los turistas, en la vieja región de los Alpes que penetra en la Provenza.

La región está delimitada al sureste y al sur por el curso medio del Durance, entre Sisteron y Mirabeau; al norte, por el curso superior del Drome, desde su nacimiento hasta Die; al

oeste, por las llanuras del Condado Venaissin y los contrafuertes del Mont Ventoux. Comprende toda la parte norte del departamento de los Bajos Alpes, el sur del Drome y un pequeño enclave de la Vaucluse. Cuando inicié mi larga caminata por esas tierras desiertas, a una altura de entre mil doscientos y mil trescientos metros, no había más que llanuras desnudas y monótonas en las que solo crecían lavandas silvestres.

Atravesé el país por su parte más ancha y, después de tres días de camino, me encontré en una desolación sin par. Acampé junto a un esqueleto de pueblo abandonado. No me quedaba agua desde la víspera y necesitaba encontrarla como fuera. Esas casas arracimadas como un viejo panal de avispas, pese a estar en ruinas, me dieron a pensar que ahí, en otro tiempo, tuvo que haber una fuente o un pozo.

Y así era; había un pozo, pero seco. Las cinco o seis casas sin tejado, corroídas por el viento y la lluvia, y

la pequeña capilla con el campanario derrumbado, se alzaban como las casas y las capillas de los pueblos vivos, pero la vida misma había desaparecido.

Era un día de sol resplandeciente de junio, sin embargo, en esas tierras inhóspitas el viento soplaba con una brutalidad insoportable. Sus alaridos a través de las carcasas de las casas eran como los de una bestia molestada en plena comida.

Tuve que levantar el campamento. Al cabo de cinco horas de marcha, seguía sin encontrar agua y nada alentaba la esperanza de hallarla. En todas partes reinaba la misma sequedad, los mismos hierbajos. A lo lejos me pareció entrever una pequeña silueta negra, de pie. La tomé por el tronco de un árbol solitario. Por si acaso, me dirigí hacia ella. Era un pastor. Una treintena de ovejas reposaban cerca de él, tumbadas en la tierra ardiente.

Me dio de beber de su calabaza y, poco después, me condujo hasta su morada, en una ondulación de la

llanura. Extraía su excelente agua de un pozo natural, muy profundo, sobre el que había instalado una polea rudimentaria.

Era un hombre parco en palabras. Eso es propio de los solitarios, pero parecía seguro de sí mismo, con un convencimiento absoluto. Algo insólito en esta tierra despojada de todo. No vivía en una cabaña, sino en una verdadera casa de piedra, que demostraba todo el esfuerzo realizado para reconstruir la ruina que había encontrado a su llegada. El tejado era sólido y estanco. El viento, al azotar las tejas, hacía el mismo ruido que el mar contra la playa. Todo estaba ordenado, la vajilla limpia, el parqué barrido, el fusil engrasado. En el fuego hervía sopa. Advertí entonces que iba recién afeitado, que llevaba todos los botones sólidamente cosidos, y la ropa remendada con tanto esmero que los remiendos parecían visibles.

Quiso que compartiéramos la sopa y, al terminar, cuando le ofrecí mi petaca de tabaco, me dijo que no fumaba. Su perro, silencioso como él, era amigable, pero no servil.

Dimos por hecho de inmediato que pasaría la noche allí; el pueblo más cercano estaba a más de un día de camino. Por otra parte, conocía perfectamente el carácter de las escasas aldeas de la región. Apenas había cuatro o cinco, alejadas las unas de las otras, dispersas por los cerros, junto a los bosquecillos de robles, al final de largas carreteras. Estaban habitadas por leñadores que hacían carbón de leña, y eran un mal lugar para vivir. Las familias, apretadas las unas contra las otras en ese clima de una severidad extrema, tanto en verano como en invierno, estaban cegadas por el egoísmo. La ambición irracional se desataba, en un afán continuo por escapar de ese lugar. Los hombres llevaban el carbón a la ciudad en camión, y luego regresaban. El yugo constante de dicha tarea doblegaba hasta los temperamentos más sólidos. Las mujeres amasaban rencores. Había

rivalidad en todo, tanto en la venta del carbón como en los bancos de la iglesia, en las virtudes opuestas y los vicios opuestos, así como en la amalgama de vicios y virtudes. Y por encima de todo ello, el viento sin reposo crispaba los nervios. Se daban epidemias de suicidios y numerosos casos de locura, casi siempre homicida.

El pastor, que no fumaba, fue a buscar un saquito y volcó sobre la mesa un montón de bellotas. Se puso a examinarlas, una a una, con gran atención, separando las buenas de las malas. Entretanto, yo fumaba mi pipa. Le ofrecí ayuda. Me dijo que era cosa suya. En efecto: a juzgar por el esmero que ponía en la labor, no insistí. Esa fue toda nuestra conversación. Cuando hubo separado un montón considerable de bellotas buenas, las fue contando por decenas, a la par que eliminaba las más pequeñas o las ligeramente agrietadas, ya que las inspeccionaba con mayor detenimiento. Tras reunir cien bellotas perfectas, puso fin a la labor y nos fuimos a la cama.

La compañía de este hombre daba paz. Al día siguiente le pedí permiso para quedarme un día más en su casa a descansar. Le pareció muy natural, o, para ser exactos, me dio la impresión de que nada podía desconcertarlo. No es que necesitara imperiosamente reposar, pero estaba intrigado y quería saber más de él. Hizo salir al rebaño y se lo llevó a pastar. Antes de irse, sumergió en un cubo de agua el pequeño saco en el que había guardado las bellotas cuidadosamente escogidas y contadas.

Advertí que, a modo de cayado, empuñaba una vara de hierro gruesa como un pulgar, de un metro y medio de longitud. Fingí pasear a mi aire y seguí un camino paralelo al suyo. El pasto se hallaba en un pequeño valle. Dejó el reducido rebaño a cargo del perro y subió hasta el lugar donde yo me encontraba. Temí que fuera a reprocharme mi indiscreción, pero

no fue así en absoluto. Seguía su camino y me propuso acompañarle si no tenía nada mejor que hacer. Se dirigía a doscientos metros de allí, a lo alto de la loma.

Una vez que hubo llegado, empezó a clavar la vara de hierro en la tierra, abriendo agujeros en los que introducía una bellota; a continuación, volvía a llenar los agujeros. Plantaba robles. Le pregunté si esa tierra le pertenecía. Me respondió que no. ¿Sabía de quién era? No lo sabía. Suponía que era una tierra comunal, o talvez fuese propiedad de gente que no le otorgaba ninguna importancia. No tenía el menor interés en conocer a los propietarios. Plantó las cien bellotas con sumo cuidado. Tras la comida del mediodía, reanudó la selección de semillas. Supongo que fui muy insistente en mis preguntas, ya que respondió a todas ellas. Llevaba tres años plantando árboles en ese erial. Había plantado cien mil bellotas. De las cien mil, habían brotado veinte mil. De esas veinte mil, contaba con perder la mitad a causa de los roedores o de los designios imprevisibles de la providencia. Así pues, quedaban diez mil robles que crecería en esa tierra desolada.

Fue entonces cuando me pregunté la edad de ese hombre. A todas luces, tenía más de cincuenta años. Cincuenta y cinco, me dijo. Se llamaba Elzéard Bouffier. Había sido propietario de una granja en la llanura. Allí había construido su vida. Había perdido a su único hijo, y luego a su mujer. Se había retirado a la soledad y se deleitaba viviendo sin prisas, con sus ovejas y su perro. Consideraba que esas tierras estaban muriendo por falta de árboles. Y añadió que, como carecía de ocupaciones más importantes, había decidido poner remedio a ese estado de cosas.

Como en esa época yo también llevaba una vida solitaria, pese a mi juventud, sabía tratar con delicadeza a las almas solitarias. Con todo, cometí un error. Mi juventud, precisamente, me hacía imaginar el futuro en función de mí mismo y de cierta búsqueda de la felicidad. Le dije que, dentro de treinta años, los diez mil robles serían magníficos. Me respondió con toda sencillez que, si Dios le concedía bastante vida, en treinta años habría plantado tantos otros que esos diez mil serían como una gota de agua en el mar.

De hecho, ya había empezado a estudiando la reproducción de las hayas y cerca de su casa tenía varias en un vivero, nacidas en hayucos. Los plantones, que había protegido de las ovejas por medio de una cerca de alambre, eran muy hermosos. Por otra parte, tenía la intención de plantar abedules en los valles donde, según me dijo, dormía cierta humedad a unos pocos metros bajo la superficie del suelo. Al día siguiente nos separamos.

Un año después estalló la guerra del 14, en la que fui movilizado durante cinco años. Un soldado de infantería no podía reflexionar sobre los árboles. A decir verdad, aquel asunto no me había marcado tanto; lo consideraba un capricho, como una colección de estampillas, y lo había olvidado.

Tras la guerra, me encontré en posesión de un minúsculo monto por desmovilización y deseoso de respirar un poco de aire puro. Sin otro propósito que este, retomé el camino de los parajes desiertos.

El país no había cambiado. Con todo, más allá del pueblo muerto, vislumbré en la lejanía una

especie de neblina gris que cubría las lomas como un tapiz. Desde la víspera había vuelto a pensar en el pastor plantador de árboles. “Diez mil robles, me dije, ocupan mucho espacio”.

Había visto morir a demasiada gente durante esos cinco años como para no imaginar la muerte de Elzéard bouffier, y más teniendo en cuenta que a los veinte años se considera a los hombres de cincuenta como ancianos a quienes solo les falta morir. Pero no había muerto. Incluso estaba rejuvenecido. Había cambiado de oficio. Ya solo tenía cuatro ovejas y, por el contrario, un centenar de panales. Se había desprendido de las ovejas porque constituían una amenaza para sus plantaciones de árboles. Pues, tal como me contó (y constaté), no se había preocupado en absoluto por la guerra. Había seguido plantando árboles imperturbablemente.

Los robles de 1910 tenían entonces diez años y eran más altos que yo y que él. El espectáculo era impresionante. Me quedé, literalmente, sin palabras, y como él tampoco decía nada, pasamos el día en silencio, paseando por su bosque. Contando las tres partes, medía once kilómetros de longitud por tres kilómetros en lo más ancho. Cuando recordaba que todo ello había surgido de las manos y del alma de ese hombre sin recursos técnicos, comprendía que los hombres podían ser tan eficientes como Dios mismo en ámbitos ajenos a la destrucción.

Había proseguido con su idea, como demostraban las hayas que me llegaban al hombro y se extendían hasta donde alcanzaba la vista. Los robles eran recios y habían superado el tiempo en que estuvieron a merced de los roedores; en cuanto a los designios de la providencia, para destruir la obra creada habría tenido que recurrir a ciclones. Me mostró unos bosquecillos de abedules admirables, que databan de cinco años atrás, es decir, de 1915, de la época

en la yo combatía en Verdún. Los había plantado en todos los valles donde suponía, con razón, que había humedad casi a flor de tierra. Eran tiernos como adolescentes y muy firmes.

La creación parecía manifestarse en cadena. Aunque a él le era indiferente; proseguía obstinadamente su tarea, que era muy sencilla. De regreso al pueblo, ví que manaba agua en arroyos que llevaban secos desde tiempos inmemoriales. Esa fue la reacción en cadena más hermosa que he contemplado jamás. Antaño, el agua había corrido por esos riachuelos secos. Algunas de las tristes aldeas que he citado al principio de mi relato fueron construidas en los emplazamientos de antiguos pueblos galorromanos, de los que todavía quedaban restos; al excavar, los arqueólogos encontraron anzuelos en lugares donde en el siglo XX hacían falta cisternas para tener un poco de agua.

El viento también esparcía algunas semillas. Con el resurgir del agua, reaparecieron los sauces, los juncos, los prados, los jardines, las flores y muchas razones para vivir.

Pero la transformación fue tan paulatina que se confundió con lo ordinario, sin causar asombro alguno. Los cazadores que subían a esas tierras desoladas, siguiendo las pistas de las liebres o de jabalíes, ya habían constatado la abundancia de arbolillos, pero la habían atribuido a los caprichos naturales de la tierra. De ahí que nadie se entrometiera en la labor de ese hombre. Si hubieran sospechado de él, lo habrían contrariado. Pero era intachable. ¿Quién, en los pueblos y en las administraciones, hubiera podido imaginar tal obstinación en la generosidad más magnífica?

A partir de 1920, jamás transcurrió más de un año sin que fuera visitar a Elzéard Bouffier. Nunca le vi flaquear ni dudar. Y, con todo, ¡solo Dios sabe si el

propio Dios le sostenía! No he dado cuentas de sus sinsabores. Sin embargo, cabe imaginar que, para llevar a cabo semejante hazaña, tuvo que vencer la adversidad; para lograr la victoria de tal pasión, tuvo que luchar desesperadamente. Durante un año, plantó más de diez mil arces. Murieron todos. Al año siguiente, abandonó los arces y retomó las encinas, que arraigaron mejor que los robles.

Para hacerse una idea más o menos exacta de lo excepcional de su carácter, es preciso recordar que trabajaba en una soledad absoluta; tan absoluta que, hacia el final de su vida, perdió la costumbre de hablar. ¿O acaso no le parecía necesario?

En 1933 recibió la visita de un guarda forestal atónito. El funcionario le notificó la orden de no encender fuego al aire libre, con el fin de no poner en peligro el crecimiento del bosque natural. Era la primera vez, le dijo ese hombre ingenuo, que un bosque crecía por sí solo. En esa época, Bouffier se disponía a plantar encinas a doce kilómetros de su casa. Para ahorrarse tantas idas y venidas pues ya tenía setenta y cinco años, pensaba construir una cabaña de piedra junto a las plantaciones, cosa que hizo al año siguiente.

En 1935, toda una delegación administrativa fue a examinar el bosque natural. Había un alto cargo de Aguas y Bosques, un diputado y varios técnicos. Pronunciaron muchas palabras inútiles. Decidieron hacer algo y, afortunadamente, no hicieron nada, salvo la única cosa útil que podían hacer: poner el bosque bajo la protección del Estado y prohibir que se cortara leña para convertirla en cartón. Resultaba imposible no dejarse subyugar por la belleza de los jóvenes árboles rebosantes de salud, que lograron seducir al mismísimo diputado.

Entre los capitanes forestales de la delegación se contaba un amigo mío, al que esclarecí el misterio.

Un día de la semana siguiente, fuimos juntos en busca de Elzéard Bouffier. Lo encontramos en plena tarea, a veinte kilómetros del lugar donde se había realizado la inspección.

Aquel capitán forestal no era mi amigo porque sí. Conocía el valor de las cosas. Supo permanecer en silencio. Había traído huevos como obsequio. Compartimos la comida entre los tres y pasamos varias horas en muda contemplación del paisaje. La parte por donde habíamos venido estaba cubierta de árboles de entre seis y siete metros de alto. Recordé que en 1913 el país era un desierto. El trabajo sosegado y regular, el aire vivificante de las alturas, la frugalidad y, sobre todo, la serenidad espiritual habían otorgado a ese anciano una salud casi solemne. Era un atleta de Dios. Me pregunté cuántas hectáreas más cubriría de árboles.

Antes de partir, mi amigo se limitó a recomendarle algunas especies de árboles indicadas para esas tierras. Pero no insistió: “Por la sencilla razón, me dijo luego, de que ese buen hombre sabe más que yo”. Al cabo de una hora de camino, tras darle vueltas a la idea, añadió: “Sabe mucho más que nadie. ¡Ha encontrado una forma perfecta de ser feliz!”.

Gracias a este capitán, no solo el bosque sino también la dicha del hombre fueron guarecidos. Hizo nombrar a tres guardas forestales para protegerlos y los amenazó de tal manera que permanecieron insensibles a todas las botellas de vino que pudieran ofrecerles los leñadores.

La obra solo corrió un gran peligro durante la guerra de 1939. Los automóviles funcionaban con gasógeno, y siempre faltaba leña. Comenzaron a talar los robles de 1910, pero los bosques estaban tan lejos de cualquier carretera que la empresa se reveló

nefasta desde el punto de vista financiero. Así que la abandonaron. El pastor no vio nada. Se encontraba a treinta kilómetros de allí; proseguía apaciblemente su tarea, ignorando la guerra del 39 igual que había ignorado la guerra del 14.

Ví a Elzéard Bouffier por última vez en junio de 1945. Tenía ochenta y siete años. Reemprendí la ruta del desierto, pero en esa ocasión, pese a los estragos de la guerra, había un autobús que cubría el trayecto entre el valle del Durance y la montaña. Atribuí a la relativa velocidad de ese medio de transporte el hecho de no reconocer los lugares de mis antiguas caminatas. Por otra parte, me parecía que el itinerario del autobús discurría por lugares nuevos. Con todo, me bastó el nombre de un pueblo para convencerme de que me encontraba en la misma región que antaño se hallaba en ruinas y en la desolación. Me apeé del autobús en Vergons.

En 1913, esa aldea de entre diez y doce casas tenía tres habitantes. Eran verdaderos salvajes que se odiaban y vivían de la caza con trampas; más o menos, en el mismo estado físico y moral que los hombres de la Prehistoria. A su alrededor, las ortigas devoraban las casas abandonadas. Habían perdido la esperanza. No les restaba más que aguardar la muerte, una situación que no predispone en absoluto a la virtud.

Todo había cambiado. Incluso el aire. En lugar de los vendavales secos y brutales que me acogieron las primeras veces, soplabla una leve brisa cargada de aromas. De las montañas llegaba un rumor como de agua: era el viento en los bosques. Lo más asombroso de todo fue oír el ruido del agua de verdad cayendo en

un estanque. Advertí que habían construido una fuente que manaba en abundancia y que, junto a ella y eso fue lo que más me emocionó, habían plantado un tilo que debía tener cuatro años, ya lozano, símbolo incontestable de la resurrección. Por otra parte, Vergons daba fe del trabajo persistente en un proyecto, lo cual requiere abrigar esperanza. La esperanza, pues, había vuelto. Habían retirado los escombros, abatido las paredes derruidas y reconstruido las cinco casas. La aldea contaba ya con veintiocho habitantes, entre ellos cuatro matrimonios jóvenes. Las casas nuevas, recién enlucidas, estaban rodeadas de jardines donde crecían, mezcladas pero alineadas, verduras y flores; lechugas y rosales, puerros y bocas de dragones, apios y anémonas. se había convertido en un lugar grato para vivir.

A partir de allí proseguí mi camino a pie. La guerra, apenas concluida, no había permitido el florecimiento completo de la vida, pero Lázaro ya estaba fuera del sepulcro. En las faldas de la montaña divisé pequeños campos de cebada y de centeno en ciernes; al fondo de los estrechos valles los prados reverdecían.

Han bastado ocho años desde entonces para que todo el país rebose vitalidad y prosperidad. En el lugar donde en 1913 vi las ruinas, hoy se alzan granjas cuidadas, bien enlucidas, testimonio de una vida dichosa y cómoda. Los antiguos manantiales, alimentados por las lluvias y las nieves que retienen los bosques, vuelven a brotar. Sus aguas se han canalizado. Junto a todas las granjas, en los bosquecillos de arces, los estanques de las fuentes rebosan agua sobre tapices de menta silvestre. Los pueblos se han ido reconstruyendo poco a poco. Gente procedente de la llanura, donde la tierra es cara, se ha asentado aquí, aportando juventud,

movimiento y espíritu aventurero. Por los caminos se encuentran a hombres y mujeres bien nutridos, muchachos y muchachas que saben reírse y que han recuperado la afición por las fiestas campesinas.

Contando a la antigua población, irreconocible desde que vive sin aprietos, y a los recién llegados, más de diez mil personas deben su felicidad a Elzéard Bouffier.

Cuando pienso que un solo hombre, reducido a sus simples recursos físicos y morales, fue capaz de hacer surgir del desierto este país de Canaán, siento que, pese a todo, la condición humana es admirable. Pero cuando llevo la cuenta de toda la constancia en grandeza de alma y de todo el empeño en la generosidad que han sido necesarios para obtener este resultado, me invade un inmenso respeto por ese viejo campesino iletrado que supo completar una obra digna de Dios.

Elzéard Bouffier murió apaciblemente en 1947, en el hospital de Banon.

JEAN GIONO, ESCRITOR AUTODIDACTA.

Epílogo. Joaquín de Araujo Hacia el bosque de Bosques

¡GRACIAS!

Cuando tengamos un árbol cerca, o mejor, sobre nosotros, conviene que nos brote algo de gratitud. Mejor sería un gran agradecimiento porque nadie será capaz, nunca, de tan siquiera enumerar los regalos que la arboleda nos hace.

Se nos va olvidando que respiramos el alma verde de los árboles. La transparencia que nos anima por dentro es, en efecto, la tarea lograda por los bosques.

Cada árbol es una fuente y un diminuto clima local. Plantar árboles es además cultura porque los bosques han publicado todos los libros. Porque casi todos los campos cultivados fueron tierras de arboleda. Porque la palabra agricultura fue la que fundó el término cultura. O, mejor aún, sobre los suelos que primero construyó el árbol luego los humanos crearon civilizaciones.

Queda mucho trecho hasta que reconozcamos a las arboledas como bien común y manifiestamente inmejorable de la sociedad. Todavía más largo resultará el camino, a pesar de la concesión del Nóbel de la Paz a Wangari Matahay, para que los fundadores de bosques sean aceptados como artistas. A pesar de ello, lo que nos ayuda, lo que supone, es más, una enorme zancada en tal dirección son personajes como Elzéard Bouffier, tan necesarios y tan vivos que nada puede extrañarnos que fueran considerados reales. Esta acertada ficción de Jean Giono, que en tantos se ha encarnado y que con tantos predecesores cuenta entronca con la más perentoria necesidad del presente. Esta historia no es delicia literaria sino también pedagogía activa.

Nos queda un último y acaso más crucial asomo a las consecuencias que se propagan a partir de la plantación de un bosque. Porque el árbol, en pie, vivaz y, como siempre, con sus enormes brazos abiertos, es equivalente a un fármaco prodigioso. El bosque puede sanar -si lo recuperamos en las proporciones ilusionadamente imaginadas por Jean Giono- el cambio climático, el avance de los desiertos y la erosión, el desmoronamiento de la multiplicidad vital, la escasez de agua y combustible, así como la creciente fealdad del paisaje.

Poco o nada tienen tantas consecuencias favorables, para todos sin excepción, que ser como El Hombre que plantaba árboles. Porque si algún día conseguimos un Bosque de bosques también habremos logrado una Humanidad más humana.



¿Por qué es tan importante que haya árboles en la ciudad?

Una ciudad es más bonita cuando está llena de árboles. Para los árboles, vivir en la ciudad, en medio del tráfico y de las casas, no es fácil. Sin embargo, es importante que también estén presentes en la ciudad.

Cuando los árboles crecen, producen oxígeno. Para nosotros, humanos, el oxígeno es la parte más importante del aire. El oxígeno que produce un árbol grande basta para que puedan respirar 20 personas. Y eso no es todo: con sus hojas o sus espinas, el árbol recupera muchas impurezas del aire, como el dióxido de carbono que sale de los tubos de escape de los autos o de las chimeneas, etc. Un árbol puede absorber más de 500 kilos de dióxido de carbono al año. Toda la mugre queda enganchada en la copa del árbol y cuando llueve, cae al suelo con la lluvia. Es mejor así. Si no cayera, el árbol ya no podría producir azúcar, porque con todo el dióxido de carbono que lleva encima, la luz del sol ya no podría alcanzar sus hojas.

Los árboles se comunican, se avisan unos a otros si hay peligro y también “conversan” con los animales mediante olores. Tú también puedes percibir este

olor. No te das cuenta, pero tu cuerpo sí. Cuando paseas a menudo por debajo de los árboles, te sientes mejor.

Mirar los árboles también es sano. Cuando tienes que quedarte en la cama porque estás enfermo, ver un árbol por la ventana puede bastar para que te sientas mejor. Y entonces tardas menos en recuperarte. Unos investigadores han realizado un estudio en los hospitales y lo han demostrado. Por eso es tan importante que en las ciudades se planten tantos árboles como sea posible.

También es esencial para el clima. Cuando hace mucho calor en verano, los árboles de la ciudad hacen lo mismo que los del bosque: refrescan el aire. Aun así, a algunas personas les molesta que haya árboles en la calle. Se exasperan con las hojas que caen en otoño en las aceras porque hace falta barrerlas. Piensan que las copas de los árboles echan sombra sobre los jardines y los pisos, y que cuando hay tormenta, las ramas pueden romperse y caer sobre la gente o sobre los autos. Por todas esas razones, se suelen podar todas las copas. Los podadores, que suelen tratar los árboles con delicadeza, cortan las ramas superfluas con mucho cuidado. Sierran y cortan solo unas ramas aquí,

unas ramas allá... Una vez que han terminado, casi no te das cuenta de que faltan ramas. La gente ya puede caminar tranquilamente debajo de los árboles sin que les pase nada, y los árboles siguen estando sanos.

También hay otro motivo por el que los árboles son tan importantes: ¡son muy divertidos! En el fondo son como los elefantes: enormes y muy lentos -mucho más lentos que los elefantes, en realidad-. Si tienes suerte, quizás los puedas observar desde tu ventana. Entonces verás cómo se comportan y van cambiando a lo largo del año. O sea que puedes hacerte naturalista sin salir de tu habitación. Pero claro, es mucho más hermoso salir y hacerles una visita a los árboles. A diferencia de los elefantes, se dejan acariciar. ¿Crees que sienten las caricias? Aún no se ha demostrado, pero quién sabe...

¡Averigua cuántas variedades de árboles crecen en tu barrio!

PETER WOHLLEBEN, ESCRITOR, INGENIERO FORESTAL, GUARDABOSQUES Y ACTIVISTA ECOLÓGICO

Pedro Favaron

La humildad

Jesús nació en el pequeño pueblo de Nazaret. Era una localidad tan insignificante para los letrados hebreos, que ni siquiera es mencionada una sola vez en el Antiguo Testamento. Era un pueblo casi al margen de la historia. Sin embargo, en ese pequeño lugar y en el seno de una humilde familia, vino al mundo. No nació como un rey, ni en la familia de un sumo sacerdote, ni en la de un sabio letrado. Tampoco en la de un rico comerciante. Toda su vida, Jesús persistió alejado del poder político, hasta que pereció a manos de ese poder. Se reveló entre los pobres y humildes. Sus mensajes y sus bienaventuranzas fueron para ellos, para los niños y los débiles, para los perseguidos y para los sedientos de justicia.

La grandeza de Jesús no responde al orden material, político, ni científico. Como afirmó Pascal, “Jesucristo sin bienes, sin producción en el orden de la ciencia, está en el orden de santidad. No ha aportado invento alguno, no ha reinado; pero ha sido humilde, paciente, santo, santo ante Dios, terrible a los demonios, sin pecado alguno”. La grandeza de Cristo reside en la humildad. Pero muchos que se hacen llamar cristianos (e incluso representantes de Dios en la tierra) parecen olvidar estas austeras condiciones en las que se manifestó Jesús y hacen

todo lo posible para cubrirse con objetos suntuosos y edificar templos de oro. Pero donde reina el oro y las arquitecturas majestuosas, todo se satura y no queda espacio para escuchar la voz de Dios. La retina, capturada por la riqueza material, no tiene cómo volcarse hacia adentro.

Los humanos compiten unos con otros, se afanan en la búsqueda de fama y poder. Malgastan sus años en preocupaciones vanas y se sueñan inmortales. Buscan hacerse de una reputación y de un nombre, pero sin conocerse nunca a sí mismos. Viven dentro de los límites que se han creado y a eso llaman realidad. Están esclavizados por sus apetitos y por la opinión de los otros. Tratan de ser respetados por los poderosos y temidos por los pobres. Vivimos de apariencias. Pero, tratando de ganar la admiración de los demás y poniendo en ello nuestra esperanza, vamos por un camino precario que no tendrá buen fin. Las opiniones de los demás siempre son inestables; aquellos que hoy nos alaban, son los mismos que mañana pueden rechazarnos. Pretender poseer el mundo y ganar el corazón de los seres humanos, es un despropósito que trae sufrimientos.

El erudito se regocija en las palabras rebuscadas de su discurso y lucha por tener razón, por lucirse ante la audiencia, por ser considerado el más leído y parecer el más inteligente. En las discusiones académicas, los doctores debaten con sus colegas y procuran negar sus postulados, para llegar a una tesis novedosa. Pero a Cristo nada le importa la novedad de las afirmaciones, ni la confrontación. En la consciencia de Cristo no hay discusión, no se trata de tener razón, no se fuerza al otro ni se busca ganancia personal y egoísta. La verdadera sabiduría se aleja de las polémicas; prefiere habitar junto a los ríos y a los juncos que el viento mece. La persona simple vive la presencia de lo divino y, aunque tal vez no pueda explicarlo con complejos discursos, comprende la verdad inexpresable que el Espíritu ha depositado en su alma. Dios habla en el corazón de los humildes de una manera precisa y clara.

Para vivir de forma plena el llamado de la santidad es necesario romper con el ansia de victoria. Las iglesias se acusan unas a otras de tergiversar la doctrina. Cada cual cree ser la portadora del mensaje verdadero. En estas discusiones se expresa la voluntad de poder, y de esta voluntad nace toda suerte de pasiones, de celos y locuras asesinas. Nada tienen que ver las

divisiones doctrinales con la unidad que experimenta el santo. La prédica del maestro nazareno realizó una completa transvaloración de los ideales mundanos, enseñando que lo que para la sociedad es bueno y positivo, en verdad es perjudicial y carente de virtud. Como enseñan los evangelios, “los primeros serán postreros, y los postreros primeros”. La moral del mundo, las concepciones acerca de la felicidad y del éxito, han sido impuestas por los poderosos, por aquellos que conquistaron territorios a sangre y fuego. Pero la ética cristiana transita los estrechos caminos de la justicia, la renuncia y el servicio.

La consciencia de Cristo no conoce nada acerca de la competencia y de los primeros lugares. No quiere alzarse sobre los demás. No anhela prevalecer ni imponer su voluntad con la espada desenvainada. En Cristo no hay opresión ni asfixia. El santo no anhela los lauros ni los privilegios. Por el contrario, prospera en sabia calma, alejado del ruido y de la agitación de las carreras. ¿Qué valor tendrán las riquezas, la fama o cualquier bien de este mundo para quienes viven de forma plena la unidad con Dios? Según escribió el místico musulmán Ibn Arabi, “el que se atiene a la multiplicidad permanece con el mundo... El que se atiene a la Unidad permanece con Dios”. Solo hay un vehículo, un camino y una verdad: hemos de ser luz, amando a Dios y al prójimo en cada respiro, en cada fibra del pensamiento, en todo lo que hacemos. No importan las nomenclaturas o las escuelas. El afincamiento fanático en posiciones cerradas nos devuelve a la caverna oscura. La fuente de la verdadera luz es solo una. Y una es la dicha resplandeciente de la que gozan los Amantes de la Luz del Espíritu.

Todos los hijos de Dios son como aguas de distintos ríos: cada cual llega al mar siguiendo su propio cauce; pero una vez en el océano, las diversas aguas confluyen y se vuelven una sola. El verdadero arrepentimiento rechaza la raíz del pecado, de la

competencia, de la vanagloria. El deseo egoísta es la semilla amarga que engendra toda desventura. Hemos de ser semejantes al cielo que no conoce límites. Cuando el Espíritu mora en nosotros, despertamos a lo ilimitado; ni aun la misma muerte nos resulta un final definitivo. La luz del Espíritu nos esclarece: al llegar la hora de partir, para el santo será como cerrar los ojos y dormir. Morar en el Espíritu es permanecer en la eterna primavera de los seres, cercano al amanecer que no se extingue. La muerte no es más que un cambio. La verdadera sabiduría deja que los cambios ocurran, sin apegos ni remordimientos; sabe armonizarse con los ciclos del cielo y de la tierra. El alma liberada, a semejanza de las aves, se alza sobre la tierra; y desde esa altura afortunada, contempla la pequeñez del mundo y el sinsentido de las competencias y de las discusiones.

El alma del santo se eleva sobre el resto de los hombres como el águila lo hace sobre las demás aves. Por eso, no puede ceñirse a las estrechas opiniones de la gente y no da importancia a lo que otros consideran imprescindible. No estima los lujos, los premios, ni los placeres que se agrian. Por el contrario, piensa que son grilletes que pueden quitarle levedad y elevación. Las personas enceguecidas por sus apegos lo llaman extremista. ¿No pasó eso al maestro Jesús y a sus primeros seguidores? En cambio, cuando nos liberamos de la soga del apego y se corren los velos, las retinas de nuestro entendimiento se purifican. Afincados en Dios, podemos ser partícipes de su sabiduría y su riqueza eterna. Los millonarios y los hombres famosos creen que su posición social es su tesoro; pero un hombre sin posesiones, como Juan el Bautista, fue llamado por Jesús como el “mayor profeta”. Buscando los hombres ser grandes aceptan las cadenas que los atan a lo pequeño; pero los humildes santos no aceptan las ataduras que constriñen a los demás. El alma es libre y puede responder a su vocación vertical cuando el Espíritu de ligereza le permite vencer todo egoísmo y densidad.

El sabio de Grecia

Un día un joven pensó: “Creo que sé cómo engañar al sabio. Llevaré un pájaro en la mano y le preguntaré si está vivo o muerto. Si dice que está vivo, apretaré la mano y lo mataré. Si dice que está muerto, abriré la mano y dejaré que eche a volar. ¿Me gustará ver cómo se las arregla para salir de esta?”

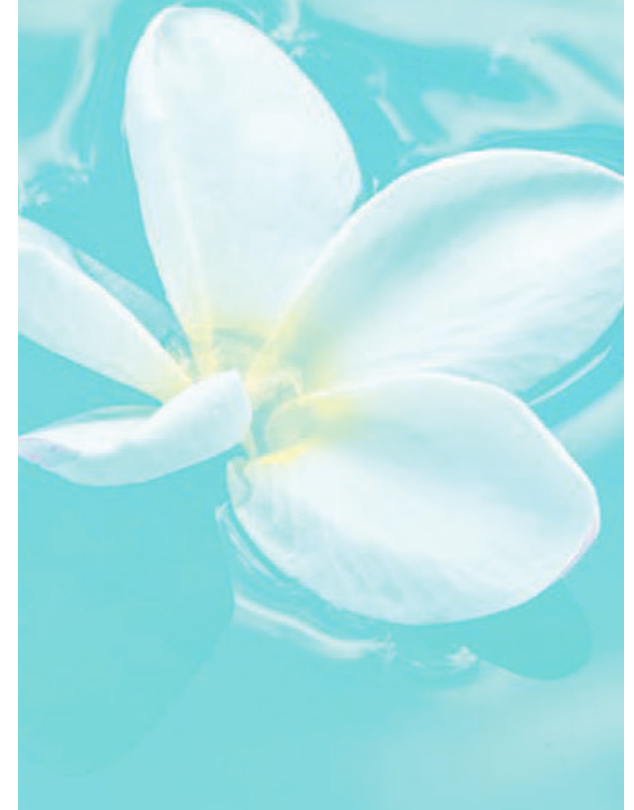
Así, el muchacho fue a ver al sabio y le hizo la pregunta:


-Sabio, el pájaro que tengo en la mano, ¿está vivo o muerto?

El sabio miró al joven y le respondió:

-Hijo mío, la respuesta está en tus manos.

TRADICIÓN SUFI





EDUCAR
ES UNA
PALABRA
SAGRADA

NACHO ALVA